

sabios saben explicar y que yo no conozco sino confusamente. «Porque—dice Coolus—las exigencias de la lucha por la vida retrasan en el hombre contemporáneo la aparición de la crisis pasional».

Por eso, en efecto. Pero también por otros motivos más sutiles y menos prácticos. También porque el hombre que con los años pierde algo de su petulancia y algo de su vanidad, llega á la puerta de la que ha de ser su última víctima ó su último verdugo, con mayor abandono y mayor espíritu de sacrificio. También porque los ojos que han llorado saben, mejor que los ojos frescos, cuáles son las miradas que llegan al fondo del alma. También porque las manos maduras conocen mejor el secreto de las caricias enternecedoras y cautivantes.

... Los artistas sobre todo, los pintores famosos, los literatos notorios, los dramaturgos aplaudidos, son al acercarse á los 45, los niños mimados del amor.

... Pero en realidad, no es ni la fortuna ni la fama las que han hecho á esos hombres felices. Son las gracias de su edad, las seducciones de sus maduresces ilustres, las delicadezas pasionales de sus ojos llenos de experiencia. Para comprenderlo, no hay más que notar, como lo notan todos los que no están distraídos, que frente á ellos, disputándoles sus divinas presas, otros parisienses ricos, célebres y sin canas, se yerguen y no logran vencerlos.

... Ellos mandan y ellos seducen. Ellos son, á la vez, la razón y la fantasía. Á ellos han ido siempre los honores y las riquezas y por encima de los honores, á ellos van ahora las miradas de amor. ¡Oh, cuarentones, mis mayores, con cuánta impaciencia voy á encaminarme hacia vuestra edad!...

*El culto de la toga*, págs. 263 á 264:

Ampliando la pregunta y llegando hasta el fondo del problema, ¿por qué

no han de existir al lado de los abogados, las abogadas? Se ha dicho de las médicas ó doctoras que son indispensables para ciertos casos, en que la mano de la mujer, más suave que la del hombre, más maternal, más acariciadora, es por sí misma un bálsamo. De las abogadas podría decirse lo mismo. En el universo doloroso del Palacio de Justicia, donde se representa el último acto de todos los dramas, en donde las más formidables tragedias alternan con las más ligeras farsas; donde hay fatalidad y predestinación; donde todos los misterios se confunden en un caos de angustia; donde junto al asesino que ruga, vemos á la novia abandonada que llora; donde el supremo vicio codea á la suprema virtud; donde las máscaras más impasibles se crispan; donde los corazones más leales tiemblan; donde toda la humanidad expone sus llagas, en fin, una mano femenina no está nunca de más. ¡Cuántas veces la acusada, ruborizándose ante los interrogatorios bruscos de un abogado, calla por pudor los detalles que mejor servirían á su causa! ¡Cuántas veces un alma sensible se desespera de no poder hallar en el hombre que la defiende, la comprensión que sólo existe entre seres del mismo sexo! Los gritos de Linda Murry, diciendo en su calabozo de Turín: «¡Sólo una madre puede comprenderme!» son los gritos de toda una clase de infelices. La mano de la mujer es indispensable en los lugares donde hay lágrimas que enjugar, heridas que vendar, dolores que calmar. Y si os parece mal que sólo hable desde un punto de vista, me permitiré agregar, entrando en lo positivo, que la justicia misma, si no se equivocan los filósofos feministas, debiera tener un interés grandísimo en asegurarse la colaboración femenina. La abogada, más sutil que el abogado, será, un día ú otro, el mejor juez instructor...

E. J. R.



Ponemos en conocimiento de los suscriptores y agentes que no hayan cancelado el recibo del tercer trimestre lo hagan á la mayor brevedad, si quieren recibir el número dedicado á F. Ferrer.